

LAS VOCES AMABLES

- Lo escucho atentamente Sr. Estévez, por favor sea paciente. Debo verificar nuevamente su reclamo y no sé si le han aceptado cambiar el contrato y su teléfono móvil. Espero comprenda que no estoy autorizada para solucionar...

Ignacio estaba solamente inmutado por aquella angelical voz tan competente. Al terminar la grabación volvió a escucharla bebiendo del pico de su botella de whisky y por primera vez se quedó dormido en el frío y vetusto sótano del edificio.

Abrió los ojos alertado por unos leves movimientos que recorrían su cuerpo. Con la visión todavía nublada alcanzó a ver dos ratas de mediano tamaño que se cruzaban sobre la manta, por encima de sus piernas. Tomó lentamente su palo de vigilante y su brazo osciló rápidamente asestando un golpe trunco a uno de los bichos por lo que volvió a darle con más fuerza pudiendo por fin matarlo.

Se puso de pie, miró el cadáver en el sucio colchón y se sacudió el polvo impregnado en su ropa. Se arregló la camisa dentro del pantalón prolijamente y regresó a su rutina laboral.

Algunos meses atrás, Ignacio consiguió con paciencia un empleo en el edificio de esa empresa como vigilante nocturno y mediante las instrucciones que encontraba en Internet, perfeccionó poco a poco los micrófonos imperceptibles que hábilmente había colocado en el sistema telefónico de las teleoperadoras.

Las voces cordiales y maravillosas se trasmitían por los amplificadores del ordenador portátil en aquella cueva subterránea. La calidad y cantidad de grabaciones mejoraba y aumentaba. Ignacio preparaba apasionado una antología seleccionando las mejores conversaciones de sus teleoperadoras predilectas.

A las ocho de la noche cuando la mayoría de las trabajadoras se marchaban de la empresa, él en general se encontraba allí, de pie en la puerta principal, para sutilmente

reconocer sus voces. Sonreía amablemente y les preguntaba alguna tontería para intentar identificarlas con las grabaciones, aunque con este procedimiento le costaba clarificar identidades y sabía que podría levantar sospechas si no era moderado.

Una noche se encontraba sumergido en la penumbra de su escondite subterráneo y concentrado escuchaba una conversación grabada la mañana anterior cuando vio de repente a una rata subir al teclado del ordenador. Con una patada atinó y espantó al fornido roedor y con la punta de su otro zapato propinó unos golpes sacudiendo a otros cuatro alrededor de él.

Luego observó la hora en su reloj de pulsera, se puso la gorra y se marchó a los bloques que debía estar vigilando.

Retornó a la ignota guarida unos días más tarde y la repugnancia revolvió sus entrañas inesperadamente. Casi vomitó asqueado sobre el cemento gris cuando las nauseabundas arcadas se retorcieron en su estómago. Horrorizado descubrió más ratas dentro del sótano. Estaban agrupadas y mansamente escuchaban a las amables voces en su ordenador portátil, el que había olvidado desconectar y cuyas grabaciones se habían repetido continuamente.

Con escaso aliento volvió a sus quehaceres sin saber qué hacer. La gente comenzaba a salir de las oficinas. Ignacio se sentía perturbado y contenía su expresión de horror ante los demás. Soportaba la fuerza que lo desconsolaba y se mantenía discreto esforzándose por no ser descubierto. Lentamente el edificio se liberó y el impío silencio de los largos y nebulosos pasillos manifestaron su arcana atmósfera natural.

Ignacio hacía su ronda y pensaba en la perceptibilidad emocional de las ratas. Nunca se había interesado en leer artículos científicos que se explayaran sobre las transformaciones que los animales experimentaban en su metabolismo psíquico.

Mientras esa absurda idea daba vueltas en su cabeza, Ignacio giró a su izquierda para bajar las escaleras y en ese instante, impredeciblemente, cruzó una mujer que sostenía unos papeles y que asustada gritó al verlo echándose para atrás y resbalándose torpemente por sus incómodos zapatos. Golpeó su cuerpo en los escalones mientras descendía y su cabeza impactó duramente contra el suelo.

Ignacio bajó las escaleras con la angustia insólita de la tragedia y contempló tristemente de cerca el cadáver sonrosado que se iluminaba tímidamente por la pálida luz de la luna que accedía por una ventana.

Ignacio se alejó un instante por el pasillo, abrumado por el pesar de esta desgracia, cuando escuchó pasos en el corredor contiguo. Con un tono de autoridad exigió una identificación y nadie respondió. Se acercó expectante a la esquina del corredor y miró hacia los costados cuando en su desazón escuchó detrás suyo aquellos misteriosos ruidos de pisadas. Dio media vuelta con un impulso que solo el miedo es capaz de estimular y estupefacto clavó su mirada en la mujer muerta que avanzaba hacia él tensamente, revelándose en una inhumana condición, con la cabeza y brazos retorcidos por el accidente.

Ignacio se derrumbó y cayó sentado quedándose boquiabierto. Aquella visión espantosa, como un brutal vendaval de horror, lo había tumbado. La mujer comenzó a proferir palabras y su tono de voz se asemejaba con la de algunas grabaciones. Él pudo reconocerla o lo creía firmemente. Ella comenzó a invadir el aire expulsando odio en sus notas vocales con un grito prolongado y críptico. Un bullicioso número de ratas emergió de la penumbra tras trepar las escalinatas. Se organizaron alrededor de la mujer quien se desmoronó sobre los asquerosos cuerpos que la llevaron hasta una maraña de oscuridad del inhóspito pasillo y desaparecieron.

Ignacio se refregó frenéticamente los ojos y atónito se puso de pie. Por todos los rincones buscaba exaltado y con la mirada prevenida cualquier inminente aparición.

Fue a comprobar el infortunado acantilado de peldaños, pero el cuerpo de la mujer continuaba allí abajo, colisionado y en la misma postura de antes.

Dudaba si su imaginación lo había engañado. Tampoco tenía tiempo para pensar en ello. Pronto amanecería y sería su fin. Todos le condenarían y le juzgarían duro y parejo, y aunque se sentía medio culpable y medio inocente, se inclinó más obligado a suponer lo primero.

Fue hasta al aparcamiento y depositó el cadáver dentro del baúl de su coche. Por las calles solitarias encontró un bar discreto donde se sentó a beber unos vasos de whisky. El color rojo y la música tranquila y sensual predominaban en la atmósfera. A su alrededor todos eran también trabajadores humildes que pasaban el rato mientras otros, no tenían un mejor sitio donde quedarse cuando la noche era cruel.

Una prostituta se le acercó contorneando la cintura para pedirle fuego e insinuársele. Ignacio le convidó de su mechero. Ella le habló amablemente, sugiriéndole que tenía una habitación más privada a la vez que le frotaba el bulto suavemente con su mano. Ignacio bebió derrotado de su vaso y le respondió con una leve sonrisa. Sabía que todos intentaban ser buenas personas.

En la mañana, muy temprano, Ignacio cerró la ventana de la habitación que había estado abierta toda la noche, después de que una corriente de aire frío lo había despertado. De pronto le vino a la cabeza la idea que la policía estaría buscándolo.

La prostituta se despabiló. Había terminado el Whisky bebiéndose la mitad de la botella y ahora después de tantos arrumacos y palabras afectuosas se encontraba de mal humor, incorporándose en la cama.

Mientras Ignacio se ponía los pantalones, ella transformada, le pedía más dinero y él solo pensaba en un lugar donde escapar o simplemente ocultarse unos días.

Sacó unos billetes de su bolsillo y los arrojó sobre la cama. Ella guardaba su paga cuando las ratas comenzaron a salir de abajo de la cama y la envolvieron. La prostituta, aterrorizada, se ahogaba.

Ignacio con miedo, se apartó hacia una esquina en el cuartucho. De repente, a su lado, apareció fantasmalmente el cuerpo desarticulado de la mujer fallecida en el incidente del edificio que caminaba lentamente, mirándolo con una expresión de horror, pero hablándole dulcemente, repitiendo mecánicamente parte de lo que acostumbraba decir como teleoperadora.

Ignacio, temblando, salió por la ventana abriéndola torpemente. Antes de saltar por el pequeño balcón hacia la calle, volvió a mirar adentro de la habitación y observó a las ratas arrastrando los espíritus de las mujeres hacia la oscuridad bajo la cama.

Su tiempo valía oro. Vio su coche aparcado, pero por el apuro y la desesperación miró hacia el baúl y decidió abandonar el cadáver que yacía en él. Comenzó a caminar observando el descolorido cartel que anunciaba el bar de otra noche trágica. Dobló en esa esquina y se alejó.

Durante el día buscaba los más lúgubres escondites, pero no conseguía huir de la presencia de uno o varios roedores que no dejaban de acecharlo.

Esa noche Ignacio dormía en un oscuro callejón cuando una vagabunda se le acercó y amablemente le pidió ayuda para comprarse un café sin percibir los macabros oyentes que atentos escuchaban.

Freakxenet.

